

Discurso de James McGovern, representante del Congreso de EE. UU., en el acto de entrega del Doctorado Honoris Causa en Derechos Humanos por parte de la UCA

Me gustaría agradecer al padre Tojeira y a la UCA por este honor.

Tengo una larga historia con la UCA, con este campus, y con el pueblo de El Salvador. Mi involucramiento comenzó a principios de los años ochenta cuando trabajaba para el congresista Joe Moakley. Él se relacionó con los refugiados salvadoreños que habían huido de la violencia y habían llegado a Massachusetts. Él me envió aquí para que aprendiera sobre la realidad de El Salvador. Y cuando pregunté con quién debía hablar, todos me dijeron que adonde tenía que ir primero era a la UCA.

Conocí a Ignacio Ellacuría en mi primer viaje, en 1983. Trabajé con Segundo Montes en el tema de los refugiados. Además, conocí al maravilloso Ignacio Martín-Baró.

En una época particularmente violenta a mediados de los años ochenta, le pregunté a Martín-Baró qué mensaje debería yo llevarle a la gente del Congreso. Él me contestó: "Diles que también somos seres humanos". Esas palabras aún me persiguen.

Mientras estoy de pie aquí frente a ustedes, mi corazón se llena de muchos recuerdos. Algunos son sobre lo trágico y doloroso que ocurrió en El Salvador durante la guerra, incluyendo los asesinatos de los seis jesuitas y sus dos colaboradoras aquí en este campus.

Pero la mayoría de recuerdos son sobre cosas buenas: el valor de aquellos que trabajan aquí en la UCA, el espíritu y fortaleza del pueblo salvadoreño.

Estoy aquí, esta noche, con mi esposa Lisa y con mis dos hijos, Patrick y Molly.

Lisa y yo nos habíamos casado menos de dos semanas antes de que los jesuitas fueran asesinados, así que ella también tiene fuertes sentimientos sobre lo que sucedió en este país.

Mis hijos están conmigo porque quiero que conozcan este campus y este país. Hay tantas cosas importantes y maravillosas que deben conocer.

Al ver a la audiencia, hay tanta gente a la que quiero reconocer —y espero tener tiempo más tarde de agradecerle a cada uno de ustedes por ayudarme tanto a través de las décadas— por enseñarme el verdadero significado y respeto por los seres humanos y sus derechos. Quiero mencionar a Leonel Gómez, quien fue un instrumento que me ayudó a poner las piezas del rompecabezas en orden, para identificar a los que ordenaron, condujeron y encubrieron los asesinatos de los mártires jesuitas; al padre Charlie Currie, de la Compañía de Jesús, y a todos los estudiantes y profesores en las universidades jesuitas de Estados Unidos; a Heather Foote y Geoff Thale, cuyo trabajo y reflexiones sobre El Salvador han ayudado a través de los años a muchos miembros del Congreso y a aquellos que toman las decisiones. También quiero agradecer a Tom Quigley, quien trabajó por mucho tiempo en la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos, por toda su sabiduría, buenos consejos, ingenio excepcional, y por su guía a lo largo del tiempo en Washington.

También me gustaría mencionar y recordar a dos personas que no solamente me enseñaron mucho sobre El Salvador, sino también sobre cómo vivir mi vida como hombre, con la pasión y el compromiso de ayudar a otros y defender sus derechos humanos; ellos son el padre Jon Cortina y Bill Ford, el hermano de Ita Ford, que fue asesinada en El Salvador en 1980. Ellos están, cada uno, entre los más bellos espíritus que he tenido el privilegio de conocer. Me hacen mucha falta, pero —como la lengua española expresa con tanta belleza— ellos están hoy y siempre presentes en mi vida y trabajo.

Mientras estoy parado aquí —menos de veinte años después de que la guerra terminó—, me parece increíble ver tantos cambios que han ocurrido en este país.

El nuevo presidente del país, Mauricio Funes, es miembro del FMLN, un partido que tan solo un par de décadas atrás era una insurgencia armada. Sin importar cuál sea su ideología política, sin importar por quién votaron en las últimas elecciones, tienen que admitir que esto habría sido impensable hace apenas una generación atrás.

En verdad, este es un momento especial. Pero los momentos especiales suelen ser efímeros.

El reto para todos los que participamos en política no es solamente que nos elijan, sino también gobernar, y gobernar no es fácil.

El presidente Obama y los demócratas en el Congreso de los Estados Unidos estamos promoviendo avances que ayuden al pueblo, pero no es fácil.

Quiero que el presidente Funes tenga éxito. Y pienso que todos en este país, ya sea del FMLN, de Arena, o de otro partido político, deberían querer

lo mismo, porque como resultado de esta elección, el mundo está nuevamente enfocado en El Salvador. El Salvador enfrenta problemas de proporciones enormes: una economía que se enfrenta a una crisis económica mundial, una sociedad aterrorizada por la pobreza y la inequidad, instituciones debilitadas por la impunidad y la corrupción, problemas de criminalidad y de violencia que requieren liderazgo civil para controlarlos. Y esta semana, por supuesto, están enfrentando una crisis inmediata: la reconstrucción después de las tormentas y los deslizamientos de tierra del pasado fin de semana, que causaron tanta tragedia humana. La situación no es fácil. Pero si todas las fuerzas políticas en El Salvador se unen para encontrarles solución, El Salvador tendrá éxito: el pueblo y la nación de El Salvador van a tener éxito.

Y si El Salvador tiene éxito, será un modelo y un líder no solo para Latinoamérica, sino para el resto del mundo. Tal vez este triste y trágico momento de desastre natural puede convertirse en una oportunidad —una puerta— para que todos trabajen juntos por el bien común de la nación y del pueblo salvadoreño.

Siendo yo mismo un político, conozco demasiado bien el impulso de criticar a nuestros adversarios políticos y a los que pertenecen a otros partidos políticos, pero en este momento tan especial debería haber una tregua a los ataques políticos y a la política mezquina, aun si es solo por un breve tiempo.

Creo que Estados Unidos necesita ser un mejor amigo de El Salvador. Estados Unidos gastó billones en la guerra. Estamos en deuda con el pueblo de este país y debemos invertir más durante este tiempo de paz. Cuanto más éxito tenga El Salvador, más fácil será para Estados Unidos y para otros países encontrar formas de ayudar.

Esta puede ser una época de increíble colaboración entre nuestros países. Puede ser una época en que las universidades como esta colaboren con algunas de las universidades más prestigiosas de Estados Unidos.

Hay mucho que El Salvador puede aprender del pueblo de los Estados Unidos, y hay mucho que el pueblo de Estados Unidos puede aprender del pueblo de El Salvador.

Estados Unidos puede a veces parecer arrogante, y eso es porque a veces lo somos.

Necesitamos desarrollar una relación con El Salvador en la que nos convirtamos en verdaderos compañeros. Hablo de una relación significativamente diferente a la que Estados Unidos tuvo con El Salvador durante los años ochenta. Porque si vamos a trabajar juntos para superar un legado de corrupción, impunidad y violencia, si vamos a crear instituciones fuertes, transparentes y confiables que apoyen el Estado de derecho, los derechos humanos, el desarrollo y la paz, entonces debemos ser verdaderos compañeros, respetuosos el uno del otro. Y esto es en lo que me comprometo a ayudar: crear un compañerismo genuino con todos ustedes y en memoria de

mi jefe, el congresista Joe Moakley, quien me presentó en El Salvador hace ya 26 años.

Joe Moakley fue el “hombre ordinario” más extraordinario que he conocido. Cuando se le diagnosticó leucemia, un reportero le preguntó cuál había sido su logro más importante. Y este célebre político, el jefe de la Comisión del Congreso de Massachussets, no dijo que habían sido los puentes y los hospitales que había logrado se construyeran en su distrito; no eran las escuelas que había construido, o los lagos y puertos que había ayudado a limpiar. Era El Salvador y el pueblo que había tocado su corazón. Él amó profundamente al pueblo de El Salvador, y yo aún lo amo.

La gente en este campus universitario y en todo el país ha tenido una gran influencia en mí. Los jesuitas de la UCA y la comunidad jesuita me han enseñado que la religión y la fe son mucho más que ir a la iglesia, o los rituales, o rezar. La religión y la fe se refieren a la acción, y por eso los mártires jesuitas perdieron sus vidas: actuaron por su fe y por su religión. Estuvieron junto a los pobres, los hambrientos y los oprimidos. Dejaron en claro que cada ser humano en este planeta es importante.

Así que es con un profundo sentimiento de gratitud hacia este campus y hacia esta comunidad, la familia de la UCA, que siempre me ha recibido con los brazos abiertos y me ha hecho sentir bienvenido, y la cual es y será siempre parte de mi familia, como acepto humildemente este honor. Desde el fondo de mi corazón, muchas gracias.

San Salvador, 13 de noviembre de 2009.